



www.loqueleo.com

© 2011, Liset Lantigua

© De esta edición:

2017, Santillana S. A.

Calle de las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Av. Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-811-2

Derechos de autor: 044388

Depósito legal: 005156

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Santillana Ecuador: Mayo 2011

Primera edición en Loqueleto Ecuador: Junio 2017

Tercera reimpresión en Santillana Ecuador: Junio 2017

Editora: Annamari de Piérola

Ilustraciones: Guido Chaves

Actividades: Marlon López

Corrección de estilo: María de los Ángeles Boada

Diagramación: Ramiro Jiménez

Supervisión editorial: Mauricio Montenegro

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

Gato ama a Lola

Liset Lantigua



loqueleto



*Para Ana Montero,
presidenta de la Asamblea
de Derechos de Ratones
y Gatos del Mundo.*

*Para Sofía Sprechmann,
responsable del nacimiento
de todas las mariposas.*

*A Paulina Palacios,
primera gata de la ciudad.*

*Para Pamela, primer contacto
de Triplecutis en este mundo,
con todo mi amor.*

Índice

Muestra
promocional

Prohibida
su venta

© Santillana

La casa	11
Lola	17
El viaje	23
París	29
Triplecutis	35
Una cena inusual	45
Adela	57
Ratón	61
Abrazos	73
El reglamento	77
Los sueños	85
Despertar	95
Túnel	113
Respuestas	123
Las cartas	131

Encuentro	141
Fin	149
Biografía	161
Cuaderno de actividades	163



Tiene una puerta como cualquier otra, solo que es redonda. Adentro se encuentra todo lo necesario para una vida segura: recipientes, cubiertos, hojas de plantas (que bien podrían ser medicinales), zapatos, algún portafolio para papeles, cáscaras de naranja, un espejo sordo y un espinazo de pescado que Gato usa como peinilla. También hay un guante de lana y una ducha que no sirve para nada¹. Y un reverbero. En la noche, la puerta no se abre a menos que sea verano. En las mañanas se abre un poquito para que entre la luz y salgan las miradas de Gato, que siempre sueña con verla pasar. Pero ella no pasa, y eso entristece

11

¹ Debería decir «que no servía para nada», porque un tiempo después la vida de Ducha cambió para siempre.

profundamente a Gato. A veces, sus amigos lo oyen llorar y comentan:

—¡Ya está el pobre Gato llorando por ella!

—¡No ha vuelto a peinarse, es una calamidad!

—¡Y tan flaco!

—¡Y tan ojeroso!

12 Todos están preocupados. De nada sirve que lo inviten a las afueras del túnel o a los caseríos del río. Nada lo hace salir.

Hace algún tiempo, Gato recibió la noticia de que ella se iría a un país con nieve. Entonces no perdió tiempo: se puso la corbata de bolas rojas, se peinó, se lavó las patas y se dirigió hacia la banda de pueblo que tocaba en honor a su partida. Le susurró al oído:

—La-la nieve es horrorosa. Me-mejor quédate. El mundo está-tá bien así co-como es.

Y ella lo besó por última vez y le dijo:

—No puedo creer que pienses que el mundo está bien así, Gato.

Y enseguida se puso a saludar a la gente que aplaudía, porque ella los representaría

en la Asamblea de Derechos de Ratonos y Gatos del Mundo, y nunca antes en la historia del pueblo se había oído hablar de derechos ni cosa que se pareciera. Gato hizo un último intento:

—¿Y si vienes a vivir a mi ca-casa? ¡Te-tengo de todo!

Y ella posó su dedo delicadamente sobre la boca de Gato: 13

—Tranquilo, amor, antes de vivir contigo tengo que lograr que el mundo sea un mejor lugar. Recuerda que tu casa no es el planeta, es solo tu casa.

Y Gato regresó desconsolado por los mismos caminos que había recorrido con ella, mientras el otoño revolvía las hojas de trébol y a las pescaderías llegaban cientos de sardinas que perfumaban el aire. Entró a su casa, cerró la puerta y se acurrucó junto a una bota despegada que siempre comentaba algo:

—Mala cosa, ¿no? ¡Ahora ellas se van así, como si nada! ¿Y qué piensas hacer?



Y Gato no podía responderle porque había empezado a llorar. El cielo también lloró: esa noche cayó una lluvia con truenos y relámpagos.

A la mañana siguiente todo estuvo en calma. Ella se había ido. Ella era Lola, una gata amarilla y negra. Había decidido hacer algo bueno por todos. Gato solo quería que Lola lo amara. «¿Qué mejor podía hacerle al mundo?», pensaba.

Por eso lloró tanto, tanto que Bota se contagió y enseguida se puso a chillar. El viejo Reverbero también tosió un poquito y lloró de pena por Gato. Fue la noche más triste de la casa de Gato. La casa más alegre, la más bonita del pueblo en días pasados, ahora un tacho de basura común abandonado a la intemperie.



Había llegado al pueblo con una marcha a favor del respeto a las siete vidas de los gatos. Era joven y guapa, demasiado quizá, para el frío que hacía, porque estaban en invierno. Eso pensó Gato: «¡Cómo puede llegar semejante belleza en este invierno!». Hacía meses que Gato no se bañaba, pero verla en el parque del pueblo al frente de los manifestantes lo hizo correr a casa, darse un baño de cabo a rabo, peinarse, afinarse los bigotes con un poco de crema de un pote viejo y salir más erguido que nunca por la calle. Se acercó, pero no fue capaz de decirle nada. Entonces ella tomó las riendas:

—Soy Lola, mucho gusto.

—Lola, Lola, ejem, Lo-Lola —intentaba decir algo Gato, pero estaba demasiado ner-

vioso. Y tras unos minutos de batallar con su timidez, por fin pudo—: Me alegra que hagan esta marcha, yo ya he perdido seis vidas. La... la primera, al caer de un rascacielos cu-cuando era muy chico; la segunda, una tarde en que me lancé al mar cu-cuando...

18 Ese día, Gato le contó su larga historia de supervivencia. Los nervios lo hacían tartamudear. Lola se rio mucho. Le gustó Gato. Le gustó su manera de hablar de sí mismo sin importarle que a ella le diera risa:

Que si había sido raptado por una señora gorda para hacer un viaje en un trasatlántico llamado Titanic. Que si se lanzó al agua y pudo nadar hasta el muelle del puerto...

Que si fue atacado por un alcalde que quería declarar al pueblo «libre de gatos»...

Que si estuvo encerrado durante nueve noches en una chimenea sin comer ni beber nada...

Que si se enfermó gravemente de la barriga por comerse el ratón de una computadora...

En fin, demasiadas historias para una noche de invierno.

Y Lola le contó cómo escapó de la guerra que arrasó con la vida en la ciudad en la que había nacido. Era una historia triste, pero Lola sabía reír, cantar, oler las flores y contemplar las nubes y las farolas. Entonces Gato entendió que aquella no era una gata como las otras, que era Lola, y eso significaba una historia, una vida interesante, una alegría llena de peces, un sol radiante sobre su casa de lata.

Invitó a Lola a tomar el té y fueron largos meses de salir con ella, de cuidarla, de esperar que pasara por su puerta con su andar como de bailarina. Y luego verla convertida en maestra de escuela, y en cantante del Bar Misu, y en el amor de la vida suya, de él, de Gato, que hasta ese día no había pasado de ser un sobreviviente aburrido contando siempre lo mismo.

Entonces le entraron ganas de trabajar, de hacer algo. Se colocó de camarero en el restaurante Tu Trucha, y era un completo camarero con su camisa blanca y su lazo negro bajo el mentón.

Pero fue en ese tiempo cuando vino Cometa, el cartero, con la noticia de que se haría la

Asamblea de Derechos de Ratones y Gatos del Mundo y una nube de maripositas blancas llenó las calles del pueblo. Entonces, Lola empacó sus perfumes y sus lazos rojos y verdes, guardó sus sandalias de taco alto y anunció que ella representaría al pueblo en la asamblea.

Aplausos y más aplausos.

20 Tristeza y más tristeza, porque Gato había soñado construir un palacio para Lola en algún lugar del pueblo, tener muchos hijos y ser su novio para toda la vida. Y ahora Lola se iría.

Gato dejó de trabajar. Le quedó la esperanza de que volviera la bella Lola, cansada de cambiar el mundo, de que volviera por él. Mientras tanto, había pasado la primavera. «Una primavera llorona», pensaba Gato, que no podía dejar de asociar la lluvia con su pena, y el verano regresaba y con él la misma nube de maripositas blancas que tiempo atrás había llegado justo cuando Lola se iba.

En aquella ocasión, las mariposas desaparecieron con ella, en el largo camino que

daba a la salida, más allá de los túneles y los caseríos. Las de ahora parecían decididas a apoderarse del pueblo.

